Luis Granados
Ignacio de Ribera (eds.)

¿QUÉ BIEN COMÚN?

La comunidad en acción

didaskalos 72

didaskalos

LUIS GRANADOS
IGNACIO DE RIBERA
(eds.)

¿QUÉ BIEN COMÚN?

La comunidad en acción

didaskalos

Ilustración de portada: Los precursores de Cristo con los santos y los mártires,
de Fra Angelico (1395-1455).

Primera edición: febrero 2022

© L. Granados – I. de Ribera (eds.)

Impreso en España. Printed in Spain
Depósito legal: M-5063-2022
ISBN: 978-84-17185-79-4

Impresión y encuadernación:
Editorial Didaskalos
Valdesquí 16, Madrid 28023
www.editorialdidaskalos.org

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Sumario

		Págs.
Introducción		9
	¿Una pregunta originaria o derivada?	11
	¿Suma, resta o multiplicación?	12
	La comunidad en acción	14
	Bibliografía	18
1.	Acción y bien común	21
	Ignacio de Ribera	
	1. Introducción	21
	2. La visión moderna del hombre	22
	3. La visión de la sociedad moderna	27
	4. La acción y el bien común en la sociedad moderna	31
	5. La visión cristiana del hombre: la propuesta de S. Juan Pablo II	36
	6. Acción y bien común a esta luz	41
	Conclusión	46
	Bibliografía	47
2.	Educar en familia: matriz del bien común por generaciones	49
	Carlos Granados	
	1. La cuestión	49
	2. La revelación del Antiguo Testamento: el planteamiento del Decálogo	51
	3. Una doble interpretación de la tradición bíblica: la Iglesia y el rabinismo judío	55
	4. La matriz del Nuevo Testamento: familia y bien común	59
	Bibliografía	62

Págs.

3. Responsables de la alianza, servidores del bien común. . 65
Luis Sánchez

1. La alianza, el bien común fundamental 67
2. Bien común y paternidad 69
3. Los bienes de la alianza 70
4. Los responsables de la alianza 75
5. La esperanza del Mesías y el Nuevo Testamento 78

Conclusión 79

Bibliografía 80

4. La amistad, comunicación en el bien, y bien común 81
Luis Granados

1. La amistad, ¿enemiga del bien común? 82
2. ¿Es necesaria la amistad? 86
3. El don de la amistad. 93
4. La caridad: amigo de Dios y de los hombres 97
5. Las falsificaciones de la amistad. 104
6. La familia, manantial y océano del bien común. 109

Conclusión 114

Bibliografía 116

5. Virtudes, felicidad *(telos)* y bien común 119
Juan de Dios Larrú

1. Introducción 119
2. La "evaporación" del bien en la tardomodernidad 121
3. Virtudes y bien común: la división privado-público . . . 125
4. La comunicatividad del bien, fundamento del bien común 129

Conclusión 133

Bibliografía 134

Págs.

6. El bien común de la Ciudad de Dios 137
José Granados

1. Un bien radical: el bien común del lenguaje 139
2. El cuerpo: ambiente originario del bien común 144
3. Amor y bien común: comunidad de mirada y de obra . 147
4. El bien común de la sociedad y su apertura a Dios 150
5. Evangelio: el bien común entre Dios y los hombres . . . 153
6. Iglesia y bien común 156

Bibliografía 159

7. Educar: introducir en el bien común 161
Juan Antonio Granados

1. Habitar en familia para generar visión: "Tú eres el bien de una comunión". 163
2. ¿Qué escuela forma? Criterio común del claustro: la creación y la cultura como fuentes del bien común. . . . 170
3. Tracción del bien para generar comunión, ¿qué virtudes para qué liderazgo? 179

Conclusión. 182
Bibliografía 185

Introducción

¿Mi bien o nuestro bien? Al llegar al uso de la razón, el niño se encuentra ante esta disyuntiva: ¿mentir o pedir perdón? ¿Librarse del castigo o recibirlo? ¿Acusar al hermano o confesar la falta? En otras palabras: ¿su bien o el bien de la comunión? Ya en la primera elección, en el umbral de la vida moral, aparece implícita la pregunta por el bien común. El muchacho deberá elegir entre traicionar o confirmar la alianza familiar (cf. Maritain 1945). Es este un momento clave: el muchacho puede buscar su propio bien separado de los demás (y perderlo), o bien, abrazar el bien de la familia, que traerá su verdadero bien propio. En esta coyuntura, el niño aprende que no es posible decir "mi bien" sin incluir inmediatamente "tu bien" y "nuestro bien".

La pregunta por el bien común, presente en el umbral de la vida moral, aparece también en el origen del pensamiento filosófico y en la historia de las civilizaciones. En su *Política*, Aristóteles reflexionó sobre el bien común de la ciudad (la *polis* griega), entendiendo que la naturaleza humana tiene

como dimensión intrínseca la vida social. Al inicio de su *Ética a Nicómaco* definirá el bien como "lo que todos apetecen". El bien es la perfección de "una" naturaleza. Podría parecer entonces que solo existen bienes de cada naturaleza individual, cada uno el suyo. No obstante, basándose en la experiencia humana, Aristóteles explicó que en la vida hay bienes genuinamente compartidos. Por eso, en ese mismo tratado, nos regaló una reflexión hermosa y profunda sobre la amistad, la cual se vio luego enriquecida y elevada a un nuevo nivel por el cristianismo. Los que se aman en la verdad, tienen un bien *común*, apetecen y eligen un bien que pertenece a su común-unión, a su comunión.

Grandes gestas y tremendas barbaries se han realizado apelando al "bien común". Hoy, sin embargo, el bien común no parece despertar pasiones ni disputas. Si alguien lo menciona, ¿hay alguien que se le oponga? Ningún político en campaña lo rechazará (incluso aunque, de hecho, lo rechace). El discurso sobre el bien común ha perdido su aguijón, su carácter incisivo. Ha sido domesticado y amordazado, reducido a una realidad formal (cf. Capizzi – Lewis 2020). Parece que ningún problema político se resuelve invocando simplemente el bien común. Si acaso, se generan males en su nombre.

¿Qué bien común? No basta invocarlo como un oráculo de Delfos, sino que es preciso reconsiderarlo desde sus raíces. Lo que será verdaderamente fecundo será negar la mayor, empezar de cero, y preguntarse por los fundamentos, evitando formalismos inútiles. Solo así el bien común será algo incisivo, afilado y provocativo. Solo así comprenderemos por qué una mente brillante como la de Aristóteles consideraba prioritario, e incluso "divino", el servicio al bien común.

La pregunta por el bien común exige volver a los fundamentos. En la sociedad pluralista actual, en la que no hay acuerdo sobre nada, debemos considerar si existe el bien y si existe lo común, si lo bueno es común, y si lo común es bueno. ¿No sería mejor vivir aislados? O incluso, ¿no sería mejor no vivir?

¿Una pregunta originaria o derivada?

En primer lugar, es preciso afrontar la cuestión del origen. ¿Es el bien común algo derivado, fruto de la necesidad y la carencia, o estamos más bien ante algo que pertenece al ser mismo del hombre? ¿Es el bien común una experiencia originaria o derivada?

"Nacemos solos, vivimos solos, morimos solos" (Orson Welles). Así piensa el hombre moderno que ha olvidado su relato al dar la espalda al Creador y empezar desde sí mismo. Comienza con bienes privados y termina con ellos. Lo común es solo el producto de un contrato limitado a la ventaja individual. En la actualidad, la relación pura ha llevado esto al extremo (cf. Giddens 1992): "Solo me relaciono con quien quiero, mientras quiera, y bajo las condiciones que yo establezca. El único límite es el consenso mutuo".

"No es bueno que el hombre esté solo" (Gn 2,18). Frente al contemporáneo, el Creador mira de manera diferente. En el hombre, creado a su imagen, descubre la llamada al amor que borbotea y ruge en lo más profundo de su corazón. Aristóteles lo intuyó y dijo, como de pasada, que "el hombre es un animal político (*politikon*) por naturaleza". Pero él vislumbraba la autarquía como el lugar de la felicidad humana. La Revelación del

Dios cristiano, empezando en el Antiguo Testamento y culminando en el misterio de la Trinidad en Jesucristo como misterio de comunión, llevó esta intuición a su grado máximo: el hombre es, por naturaleza, un ser llamado al amor personal. Su naturaleza no es la de ser un sujeto aislado sino la de una persona en relación. Su bien no puede ya ser un bien meramente privado, su bien "no puede estar solo": es intrínsecamente *común.*

La experiencia del niño que adquiere el uso de razón nos sitúa en esta perspectiva. Su vida en común en la familia no brota de un contrato social ni es una construcción humana, sino que es un don que le precede. El muchacho aparece ya desde el principio situado en una comunidad, en una amistad que le es dada. Por tanto, el bien común no es fruto de un contrato social que puede elegir o rechazar según le convenga. Este pertenece a su mismo ser: es originario. El hombre es naturalmente relacional. Existe una presencia que le precede y le llama a la comunión. Parafraseando la famosa afirmación de Ortega y Gasset, podríamos decir: "Yo soy yo y mis relaciones".

¿Suma, resta o multiplicación?

En segundo lugar, deberemos preguntarnos sobre el bien común en sí mismo. A primera vista, el bien común parece consistir en la suma de todos los bienes particulares, el conjunto de condiciones de la vida social que permiten que cada uno pueda buscar su bien individual. Se trata de todas aquellas cosas que no podemos hacer solos, o que son más cómodas cuando las hacemos con otros. Carreteras, pantanos, universidades, bibliotecas, internet, parques, seguridad, justicia, educación, salud… pertenecen al bien común. En vez de tener depósitos de agua

para cada familia, tengamos un gran pantano para el vecindario o la ciudad. En lugar de tener que aprender y practicar todos los saberes, basta que haya uno que se dedique a la medicina, otro a la cocina, otro a la construcción… Juntos podemos aunar nuestras diferentes habilidades. Al mismo tiempo, esta suma implica también una cierta resta, pues para construir el embalse o la carretera, habrá que expropiar algunas tierras y pagar más impuestos. Es suma y resta al mismo tiempo.

El bien común, definido desde la utilidad individual y el contrato, queda reducido al "bien público". Cuando se oscurece la naturaleza relacional originaria del hombre, el bien se fragmenta y privatiza. De esta manera, la comunidad deja de ser el lugar de la virtud y la felicidad y queda reducida a un espacio donde gozamos de condiciones favorables para vivir. Se introduce así la oposición entre lo público (o común) y lo privado (individual), que es un callejón sin salida. La dialéctica se extiende a formas de gobierno, al comunismo frente al capitalismo. El primero, y otras formas de totalitarismo, justificarán sus abusos en aras del bien común, mientras que, en el otro extremo del espectro, el segundo no dejará lugar a un bien compartido que vaya más allá de un bien público meramente instrumental. Esta disyuntiva no tiene solución pues la pregunta está mal planteada desde su raíz.

Para entender en qué consiste el bien común, nos puede ayudar regresar a la experiencia del niño al entrar en la edad de razón. ¿Cómo experimenta este el bien común? A primera vista, podemos pensar que lo común le obliga a dividir los bienes con otros, como quien corta una tarta y la reparte tras contar a los comensales. Sin embargo, para el muchacho, el bien común se presenta principalmente como un don que genera asombro. Lo

experimenta en su cuerpo recibido, que es fuente de relaciones; lo vive en el lenguaje, que solo es posible desde la lógica relacional; lo aprende en la ley del compartir, que manifiesta un bien que se multiplica al darse. Al repartir la comida con otros miembros de la familia o con amigos, el niño descubre poco a poco un bien que no disminuye, sino que aumenta al comunicarse. No es la lógica de la suma y división, sino la de la multiplicación. Al compartir la tarta o los juguetes con otros, el encuentro personal genera la alegría propia del bien de la comunión. Es lo que sucede con los que conversan o disfrutan juntos de un libro, con los que contemplan juntos una obra de arte o una puesta de sol, o rezan. El resultado no es solo la puesta en común de las ideas, sino algo nuevo que no existía antes por separado.

De esta manera, el bien común no es solo un bien compartido por varios, sino un bien compartido *por entero* por varias personas, y de esta manera, enriquecido. El bien común se aplica de modo especial a bienes humanos como la verdad o la belleza, que por su naturaleza pueden ser poseídos por muchos sin disminuir o, mejor dicho, aumentan al compartirse. Ejemplo paradigmático de esto es el coro, en el que la armonía supera con creces la suma de voces individuales, o la orquesta, en la que cada instrumento contribuye de manera única a la sinfonía musical. En el encuentro personal se da la comunicación del bien, que genera un bien nuevo, el bien de la relación, de la comunión.

La comunidad en acción

En tercer lugar, siendo un don originario que se multiplica en el encuentro personal, el bien común posee una dinámica especial. Desde la perspectiva del contrato social y de las condi-

ciones favorables, el bien común parece una realidad estática y predeterminada que solo puede crecer por acumulación. ¿Cómo se expande el bien común?

Al perder la dimensión teleológica de la realidad (cf. Jonas 1974), la modernidad percibe el bien como algo fijo e inerte, sin movimiento. Sin embargo, el bien, "lo que todos apetecen", tiene carácter de fin y nos pone en camino hacia él. Genera el peso (*pondus*) del amor, que nos mueve. El bien común crece a través de la acción del hombre en relación con otros.

Si todo bien tiene carácter de fin, el bien común es el fin supremo, el *telos* de la comunidad. No se reduce a condiciones materiales establecidas en un contrato, sino que es la misma comunidad que se pone en camino hacia la plenitud. Como proyecto común, no es un "cara a cara", sino un "hombro con hombro" (cf. Lewis 1991) que conduce hacia la comunión de personas. El bien común es la comunidad en acción. Crece (o disminuye) con la acción de los hombres en comunión. Es al mismo tiempo de todos y de cada uno. Permanece común pues es indivisible: solo juntos es posible alcanzarlo, acrecentarlo y custodiarlo (cf. *Compendio*, 164). Se trata de un bien arduo. Es difícil de alcanzar pues exige la capacidad y la búsqueda constante del bien de los demás como si fuese el bien propio. De este modo, el bien común puede ser el fin de la sociedad. Si disminuyera al repartirse, el bien común sería la destrucción de la sociedad, su declive inevitable. Sin embargo, a través de la comunión de personas, el bien común es generativo y hace posible querer el bien del otro por sí mismo, y así, la amistad verdadera.

¿Y el muchacho que alcanza la edad de razón? También este experimenta el bien común como una tarea que se le confía, como un fin a elegir y promover. A través de sus elecciones

puede construir la vida familiar o traicionarla. No es espectador sino heredero y protagonista activo de esa comunión.

Este libro es fruto del trabajo en comunión —la "comunidad en acción"— de los Discípulos de los Corazones de Jesús y María. El punto de partida es una panorámica de dos visiones contrapuestas del hombre —la moderna y la cristiana— que generan dos concepciones de la sociedad y del bien común (Ignacio de Ribera). Si la visión moderna mira al hombre como un individuo cerrado que puede elegir asociarse con otros, la cristiana lo concibe como un ser abierto originariamente a la comunión.

La Revelación judeocristiana ilumina estas dos visiones. A la luz del Decálogo, centrado en el sábado y el hogar (tercer y cuarto mandamiento), entendemos la relación entre el bien común y la familia (Carlos Granados). Frente a la familia moderna y privatizada —familia burguesa—, el judaísmo rabínico vio la familia como lugar de apertura y esperanza mesiánica. En el Nuevo Testamento, la casa y la familia son el espacio de encuentro con Cristo y de apertura universal a través de la evangelización. El mundo bíblico reflexiona continuamente sobre los bienes propios de la alianza y los servidores del bien común (rey, profeta, sacerdote, sabio), llamados a ejercer la paternidad propia del gobernante (Luis Sánchez).

Lejos de esta inspiración, la modernidad ha experimentado la privatización y "evaporización" del bien común (Juan de Dios Larrú). Para rehabilitarlo y superar la división entre lo privado y lo público, es preciso explicar su conexión con las virtudes y la felicidad a través de la comunicatividad del bien. La recuperación del valor originario del bien común exige también considerar su estrecha relación con la amistad (Luis Granados). Frente a su banalización actual, las intuiciones aristotélicas muestran

que el amigo, bien escaso y precioso, es necesario para la vida buena. En Cristo se nos revela que toda amistad es don de Cristo y camino hacia él. A través de la caridad, "cierta amistad con Dios", todos los vínculos y amistades humanas reciben un vigor y una profundidad nuevos.

Esta reflexión nos lleva a la consideración radical de la relación entre Dios y el bien común (José Granados). ¿Cuál es el bien común de la Ciudad de Dios? Para comprender el nexo entre Dios y el bien común es preciso considerar el don del lenguaje como bien radical, y el cuerpo como ambiente de ese bien. A través del amor es posible alcanzar la comunidad de mirada y de obra, que se manifiesta en la vida de acuerdo con el Evangelio y en la Iglesia.

El volumen concluye considerando la cuestión educativa (Juan Antonio Granados). En una sociedad dominada por el internet y la realidad virtual, ¿no sería más conveniente aprender aislados? El hogar y la escuela se presentan como los ambientes para educar en el bien común y superar esta tentación de todo educador.

¿Mi bien o nuestro bien? La pandemia del Covid-19 ha sacado nuevamente a la palestra esta gran cuestión, poniendo de relieve las interminables tensiones entre los bienes públicos y los privados, así como entre nuevas formas de comunismo y capitalismo (cf. Noriega – Granados 2020). Es urgente recuperar un concepto incisivo y vivo del bien común, aceptando su provocación. El bien común tiene pretensión de totalidad. Nos saca de nosotros mismos y nos introduce en una visión y un movimiento nuevos en los que solo existe mi bien cuando busco el bien de otros, el bien de la comunión con ellos. Toda la persona esta en juego. Este bien común es el camino de la vida buena en común —la vida virtuosa— que lleva al hombre

a la entrega de sí. Al trascenderse a sí mismo y vivir la experiencia de la autodonación, se forma una auténtica comunidad humana orientada a su destino último, que es Dios. Él es el fin definitivo —y el bien común— de la sociedad (cf. *Centessimus annus*, 41). El camino culmina así en el Dios Trino, comunión de personas, revelado en Jesucristo. En su presencia sucede lo que señalaba Dante: "Cuanto más se dice allí 'nuestro', tanto más posee el bien cada uno" (*Purgatorio* XV 55-56). Así lo manifiesta el cirio pascual, Cristo vivo, que "aunque distribuye su luz, no mengua al repartirla". Al contrario, destruye la oscuridad de la noche y arde sin apagarse, a través de la comunidad en acción, de la vida de la Iglesia.

Luis Granados – Ignacio de Ribera
Littleton, CO –Woodbridge, VA, 1 de enero de 2022

Bibliografía

Capizzi, J. – Lewis, V. Bradley, "Bullish on the Common Good?" (*The Public Discourse*, 2020).

Giddens, A., *The Transformation of Intimacy. Sexuality, Love and Eroticism in Modern Society* (Stanford University Press, Stanford, CA 1992).

Jonas, H., "Seventeenth Century and After: The Meaning of the Scientific and Technological Revolution" en *Philosophical Essays. From Ancient Creed To Technological Man* (Prentice Hall, Toronto 1974) 45-80.

Lewis, C.S., *Los cuatro amores* (Rialp, Madrid 1991).

Maritain, J., "Dialéctica inmanente del primer acto de libertad" (*Nova et Vetera* 3, 1945; *Razón y razones*, 1947).

Noriega, J. – Granados C. (ed.), *Covid 19: Lo humano en cuestión* (Didaskalos, Madrid 2020).

Pontificio Consejo Justicia y Paz, *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, 2006.

La pregunta por el bien común, presente en el umbral de la vida moral, aparece también en el origen del pensamiento filosófico y en la historia de las civilizaciones. Grandes gestas y tremendas barbaries se han realizado apelando al "bien común". Hoy, sin embargo, el bien común no parece despertar pasiones ni disputas. Si alguien lo menciona, ¿hay alguien que se le oponga? Ningún político en campaña lo rechazará (incluso aunque, de hecho, lo rechace).

El discurso sobre el bien común ha perdido su aguijón, su carácter incisivo. Ha sido domesticado y amordazado, reducido a una realidad formal. Parece que ningún problema político se resuelve invocando simplemente el bien común. Si acaso, se generan males en su nombre.

¿Qué bien común? No basta invocarlo como un oráculo de Delfos, sino que es preciso reconsiderarlo desde sus raíces. Lo que será verdaderamente fecundo será negar la mayor, empezar de cero, y preguntarse por los fundamentos, evitando formalismos inútiles. Solo así el bien común será algo incisivo, afilado y provocativo. Solo así comprenderemos por qué una mente brillante como la de Aristóteles consideraba prioritario, e incluso "divino", el servicio al bien común.

didaskalos

9 788417 185794